

▣ XV AIEJI ▣ **WORLD CONGRESS** ★ **CONGRÈS MONDIAL**

▣ III ESTATAL ▣ **CONGRÉS DE L'EDUCADOR SOCIAL** ★ **CONGRESO DEL EDUCADOR SOCIAL**

**BARCELONA - 6-9 JUNIO 2001**



## DISCURSO DE CLAUSURA BARCELONA 6-9 DE JUNIO DE 2001

**Gustavo Velastegui**  
**Presidente de la AIEJI**

**CON EL APOYO DE:**



**Diputació  
Barcelona**  
xarxa de municipis

*Barcelona,  
la ciutat de les persones!*  
Ajuntament  de Barcelona



**Socrates**



Educación y cultura

**PATROCINADO POR:**



La invitación a este Congreso, el XV de AIEJI, titulado "Ética y Calidad en la Acción Socioeducativa" y celebrado en Barcelona, ha permitido que nos sumerjamos en las grandes preocupaciones de nuestra profesión, es decir: en la búsqueda de respuestas sobre nuestros valores actuales, en nuestros nuevos ideales y, eventualmente en los nuevos criterios que podrían aportar un valor cualitativo al papel de nuestra acción sobre el tejido social.

Al mismo tiempo, nos ha permitido intercambiar opiniones entre colegas sobre nuestra función, nuestros objetivos personales y profesionales, nuestros proyectos, a veces incluso nuestras ideologías, frente a la desigualdad y frente a los ciudadanos usuarios de nuestra acción.

Un buen número de ponentes nos ha hecho partícipes de sus investigaciones, de sus puntos de vista sobre este tema. Algunos de ellos nos han hecho vibrar de emoción ya que han sido suficientemente inteligentes y valientes para hablar alto y claro sobre verdades de nuestra realidad cotidiana, pero también porque han sabido tomar una posición clara.

Es cierto que deberíamos tomar un punto de partida, aunque éste no sea "el señor todo el mundo", porque estamos implicados en los movimientos sociales. Somos actores con un espíritu en constante alerta para no caer en las profundidades del totalitarismo, o en el "dejar hacer". Lo que sí sabemos, con más o menos precisión, es que estamos en contra de las posiciones dominante-dominado.

Somos los compañeros o acompañantes de personas con dificultades. No nos podemos limitar a ser los testigos privilegiados de la existencia de dos estratos sociales, caracterizados por los que tienen medios de subsistencia y los que buscan unos medios para subsistir. En otras palabras, no nos podemos limitar a observar pasivamente a una minoría de vencedores y una mayoría de vencidos.

La ética de nuestra acción social debe consistir en acompañar al vencido, quien por definición se encuentra en una situación difícil. Por otra parte, lo solemos reconocer por sus múltiples privaciones, pero también debemos tener en cuenta la realidad social, que pretende preservar el ser en su origen como una prueba de que todo aquello que proviene de las bajas esferas ya forma parte de una organización social previamente organizada y definida.

Lo que me parece real es que las personas, como seres únicos y vivos, tienen el control de su destino. El hecho de ayudarles a tomar consciencia de sus posibilidades en forma de un nuevo comienzo o un nuevo proyecto de vida forma parte de nuestra tarea como acompañantes hacia la integración o la reintegración social. Ésta es una de las formas de participación en la ética de la liberación, tal y como comentó el Señor Dussel en la primera ponencia.

No lo podemos afirmar con las mismas palabras y la misma facilidad que Enrique Dussel, pero podemos referirnos a él para atribuirnos nuevas maneras de analizar la vida y el hombre. Por otra parte, el proyecto de la ética de la liberación cobra sentido en la vida humana en toda su globalidad y defiende de buena gana la dignidad negada del oprimido o del excluido.

Estoy seguro de que muchos de vosotros intentaréis, en una primera aproximación, regularizar las situaciones de crisis y de dificultades materiales de un individuo o de un grupo. Este concepto es una de las respuestas posibles a corto plazo. Sin embargo, podemos afirmar, en términos de juicio de valores, que esta clase de respuesta es particular y egoísta.

Conservar nuestra vida, o que cada uno conserve la suya, es un deber. Evidentemente, todo el mundo lo hace de forma natural, no hace falta realizar grandes esfuerzos. No obstante, mantener este deseo vivo y dinámico es lo que marca la diferencia con los que están siempre, o en ciertos períodos, vegetando, aunque sea esta postura la que evite el deseo de plantearnos cuestiones morales y de lanzarnos hacia delante con proyectos de vida, habiendo hecho prueba de conciencia.

La nueva crisis en los modelos sociales que estamos sufriendo ha obligado a todos los profesionales de la educación social a definir nuestra posición frente a estas cuestiones. La respuesta para evitarlo se encuentra en la búsqueda de un significado a la evolución de las acciones sociales que reaparecen con fuerza. ¿Es esto un fracaso o un éxito? ¿Se trata de una "tarea bien hecha" o de un trabajo socioeducativo bien hecho?

Hablar de deontología, de la ética profesional y de la calidad de las acciones educativas se ha convertido en un hecho habitual, que ciertamente debe ser tratado con criterios precisos y objetivos, sin olvidarnos de nuestras responsabilidades referentes al acompañamiento educativo individual y colectivo hacia la sociedad.

Este Congreso es internacional. Muchos de ustedes proceden de países lejanos, con culturas y realidades que les son cercanas. Los intercambios y los contactos realizados nos demostrarán, en un futuro próximo, hasta que punto este Congreso ha constituido un éxito. ¿Podemos creer, desde el día de hoy, en el éxito de nuestra apuesta sobre el hecho de que las uniones institucionales se conviertan en una realidad y que en los días y meses venideros se producirá un desarrollo de proyectos comunes? Estoy convencido de que si lo ponemos en práctica, juntos construiremos una aplicación adecuada de la "ética de la liberación", tal y como comentó el Señor Dussel en este Congreso.

Me gustaría comentarles a mi manera cómo he entendido yo la ética de la liberación, y sobre todo cómo he vivido este Congreso: habiendo viajado por muchos países y regiones del mundo, a veces por regiones declaradas por la opinión y las instituciones internacionales como peligrosas, he tenido la

ocasión de dialogar e intercambiar experiencias con sus habitantes, personas que tengo el placer y el orgullo de encontrarme aquí, procedentes de lugares lejanos. Puedo afirmar sin reticencias que en estos lugares he aprendido otras formas de acción educativa, y haciéndolo público, actúo de acuerdo con mis principios éticos, que me permiten reconocer los valores de los demás, sea cual sea su situación social o económica.

Me gustaría gozar de su atención ahora, ya que no podría concluir este Congreso sin dedicar un pensamiento a todos los niños que he encontrado. Unos niños que representan la nueva generación de nuestras sociedades. He afirmado que la ética de un trabajador social, de un educador social también se encuentra en la toma de posición a la hora de denunciar y contar a la opinión pública la situación de los niños, su modo de vida y sus esperanzas depositadas en la sociedad de los adultos, ya que en cualquier situación de crisis que he vivido, ya sea una guerra, una situación de pobreza o una catástrofe natural, los niños son siempre las mayores víctimas.

Los niños son, por definición, los más débiles físicamente y siempre son los primeros en pagar las consecuencias de las enfermedades o del hambre. Son muy vulnerables emocionalmente hablando, ya que les es imposible comprender la razón por la cual se les obliga a abandonar sus casas, por qué sus vecinos se convierten en sus enemigos, por qué de repente tienen que vivir en campos, en el bosque, en chabolas próximas a vertederos o en campos de refugiados. Sufren las consecuencias como víctimas inocentes de los desequilibrios sociales y políticos.

A pesar de todo, a no ser que padezcan enfermedades graves, siempre gozan de una energía pura, una alegría hacia la vida, incluso en los peores momentos de sus vidas.

Esta es una realidad que he vivido trabajando con los niños de la guerra, los niños soldados, los niños de la calle... Unos hechos que deberíamos denunciar para evitar que ellos sean los objetivos vulnerables de las políticas y de las luchas de poder de los adultos.

Existen niños en todos los rincones del mundo, y resulta más fácil encontrarles a ellos que a los adultos. Su alegría hacia la vida es mucho más fuerte que lo que están viviendo. Así pues, para concluir me gustaría pedir que seamos receptivos y que cada vez que miremos a un niño nos preguntemos: "¿Cómo es posible que en la sonrisa de un niño podamos ver las desgracias del mundo?". Si eludimos esta pregunta, estaremos eludiendo el tomar consciencia de que tenemos una ética.

Muchas gracias.

Gustavo VELASTEGUI  
Presidente de AIEJI

---

Este proyecto se ha llevado a cabo con el apoyo de la Comunidad Europea

El contenido de este proyecto no refleja necesariamente las opiniones de la Comunidad Europea, ni implica ninguna responsabilidad de su parte